

DISCURSO

leído en la sesión solemne celebrada el día 19 de Junio de 1927,
en conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Felipe II.

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES:

SRES. ACADÉMICOS:

RESPETABLE AUDITORIO:

La profética exclamación con que aquel varón justo y temeroso de Dios, inspirado por luz celestial, prorrumiera al recibir en sus brazos al Divino Infante en el templo de Jerusalem, acude a mi mente al trazar estas líneas. Perdonadme, venerables sacerdotes que me escucháis, si es que mancillo el Libro Santo, al pretender colocarme en situación análoga a la en que se encontró el sacerdote de Israel; pretensión que podría calificarse de insensata, si no me anticipara a protestar de mi fervorosa devoción al sagrado texto evangélico. Voy a explicaros el estado de mi ánimo para que disculpéis la aparente irreverencia.

Cuando hace cerca de treinta años, en el de 1898, se celebraba por algunas entidades de España el aniversario de la muerte de Felipe II, Toledo, como en varias ocasiones análogas, no se apercibió de tal homenaje; y confieso, con absoluta sinceridad, que sintiendo el escalofrío de la ingratitud como toledano, en un arranque no sé si de noble indignación o de vanidoso anhelo, hube de acariciar el propósito, si llegaba a alcanzar la, entonces, remota fecha del aniversario del nacimiento del insigne Monarca, de esforzarme, dentro de la esfera en que me moviese, para que Toledo se fijara en la interesante efeméride y reparase aquel lamentable olvido. Dios se ha dignado otorgarme ocasión propicia para exteriorizar públicamente mi devoción hacia el heredero de Carlos V en España, cual es la de hallarme al frente de esta respetable Corporación (que tan gallardamente me ha

privilegiado con sus sufragios, honor tanto más singular cuanto menos merecido), y obligado, por tanto, a realizar lo que me parecía un ensueño. Por esto, si el anciano Simeón pudo exclamar en dulce éxtasis: «Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, porque mis ojos han visto al Salvador que nos has dado»..... yo, en estos instantes, elevando mis preces al Altísimo por el beneficio de haber prolongado mi existencia, plagiando aquel admirable apóstrofe, exclamo con toda la efusión de mi alma: Disponed, Señor, de mi vida, porque mis ojos han visto realizado uno de mis mayores anhelos.

Descansando en vuestra bien acreditada benevolencia, porque sé que os haréis cargo de mi situación, me veo precisado a tomar parte en esta solemnidad, siquiera con mi intervención la empequeñezca, aunque, si he de hablaros con el corazón en la mano, nunca he sentido mayor ufanía e interior satisfacción.

No entra en mi propósito (aparte de que ofendería vuestra ilustración), registrar la historia de este reinado en los diversos aspectos de la vida de un pueblo: harto conocidos son por toda persona culta los acontecimientos que en él tuvieron lugar. Mi empeño tiene que ser más humilde, cual cumple a mi insignificancia, aunque no ceda en rendirle culto a sus más entusiastas panegiristas: esbozar una modesta semblanza de la personalidad histórica de Felipe II, trazar ligeras pinceladas que evidencien su significación histórica, haciendo hincapié en ciertos detalles de su vida como gobernante, en donde más se ha cebado la saña de sus enemigos.

Me váis a permitir una pequeña digresión, aunque parezca impertinente: luego os haréis cargo de la razón de este inciso.

Bien aciaga fué la época en que comencé mis estudios universitarios. Testigo fuí del derrumbamiento de un Trono. Una Reina, que puso todo su empeño en aliviar la suerte de los desgraciados, que era todo corazón, que en momentos críticos para la Nación española ofreció sus más ricas preseas, cual lo hiciera otra Princesa de su nombre cuatro siglos antes, fué víctima de la más negra ingratitud por parte de aquellos a quienes tanto había favorecido. Tuvo que emigrar a la Nación vecina, abandonando a su querida España. En aquel período tan calamitoso, lo mismo para el régimen interior de nuestra Patria como en nuestros asuntos exteriores, asistía yo a las aulas de la Universidad Central. Las perturbaciones políticas repercutieron

bien pronto en la enseñanza, la cual se resintió del virus revolucionario. Los estudios de Filosofía e Historia que constituían mi vocación, estaban saturados del más intenso racionalismo. El krausismo estaba de moda. Los que como yo, gracias, sobre todo, a mis venerables padres (y permitidme que en este momento solemne pronuncie sus nombres, como homenaje filial), habíamos recibido una sólida educación cristiana, y mi buen padre, antiguo profesor de esta Universidad toledana, me había inculcado lecciones bien contrapuestas a aquéllas, teníamos que torturar nuestra inteligencia con las abstrusas, enigmáticas teorías kantianas; se consideraba un sarcasmo decir que habíamos estudiado la filosofía de Balmes; y respecto de la Historia, bien podía aplicársela aquella gallarda frase del Conde de Maistre, de que «era una vasta conjuración contra la verdad»; porque era poco menos que un crimen enaltecer, por ejemplo, la figura de Cisneros, encomiar la influencia de la Iglesia Católica en la prosperidad moral y material de España; ¿y de Felipe II?... Doblemos la hoja. El mejor calificativo con que se recreaban los oídos, era el tan manoseado tópico de *demonio del Mediodía*. Por el respeto que siempre me merecieron las personas de mis maestros, no pronuncie los nombres de los que así profanaban el magisterio de la verdad. ¡Paz a los muertos!

Perdonadme, señores, que haya traído a cuento lo que tal vez parezca ocioso recuerdo; pero os declaro honradamente que necesito consignarlo como premisa, como punto de partida, de donde arranca mi admiración hacia las grandes figuras de la historia, que, como la de Felipe II, han sido tan fustigadas por el sectarismo de escuela. Verdadera paradoja, ciertamente, pues lejos de hacer mella en mi espíritu aquel tóxico, germinó en mi inteligencia la semilla esparcida por el autor de mis días. Más tarde, cumpliendo mis deberes profesionales, se afianzaron mis convicciones, dedicando todo mi empeño al estudio de aquellas eximias personalidades que han sido combatidas con más rudeza, entre las que se destaca el Príncipe que abarca el siglo más brillante de nuestra historia.

La Historia de España, repleta de gestas gloriosas en las distintas manifestaciones de la vida nacional, culmina en dos períodos sustancialmente unidos, a pesar de la distancia que les separa por razón del tiempo, como sucede a la raíz del árbol respecto del fruto, que se distancian por razón del espacio. Uno

de esos momentos históricos es el reinado de Recaredo; otro el de los Reyes Católicos. El hijo de Leovigildo echa los cimientos de la nacionalidad española en el tercer Concilio de Toledo; Fernando e Isabel consolidan la unidad nacional. Y aun cuando en la rota del lago de la Janda o Guadalete se rompe la unidad del territorio, la unidad religiosa y política perdura en la raza, porque la formidable lucha que los cristianos sostienen contra la Media Luna se enardece al grito de Dios y Patria, siendo el fruto de las siete veces secular contienda la fundación de pequeños reinos, que, al dilatar sus dominios, van fundiéndose hasta reaparecer compacta la antigua Nación española. La gigantesca obra de consolidación de nuestra nacionalidad, realizada por los Reyes Católicos y robustecida por el gran Cisneros, pudo fracasar de no haber existido un Felipe II, que la supo sostener con tesón, merced a una política, que es precisamente la clave de la sangrienta odiosidad de que fué víctima, del encarnizamiento con que se le ha juzgado durante mucho tiempo.

No hay personaje alguno en nuestra Historia que haya sido más discutido, que haya sido blanco de opiniones más contradictorias y de más opuestas pasiones, como el Rey Prudente. Sobre él han lanzado sus contumaces enemigos las acusaciones más absurdas, los denuestos más infamantes, los calificativos de mayor agresividad. Se enrojecen las mejillas cuando se observa que la pasión y el encono haya cegado a hombres de talento, en los que ha podido más el espíritu sectario, como al gran poeta Quintana, que, en su oda al Monasterio de El Escorial, convirtió su brillante estro poético en repugnante desvarío.

Hostilidad existe también por parte de otros escritores que pudiéramos apellidar *enemigos mansos*, porque reconocen y ensalzan las prendas que adornaban a Felipe II; mas ciertas reticencias y concesiones que hacen, obrando a modo de conjunción adversativa, inspiran recelos y desconfianzas, quedando la figura del Monarca velada por un tupido cendal, que ensombrece su personalidad y borra su alto relieve.

En frente de tales escritores podemos oponer, cual testigos de mayor excepción, aquellos historiadores, como Cabrera de Córdoba, coetáneos de este Rey, que retratan con toda fidelidad y ajenos a toda pasión las cualidades que enaltecían a Felipe II; consagradas sus opiniones por los elogios que le tributaron Santos de aquella época como Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús

y Carlos Borromeo, según evidencian las cartas dirigidas al Monarca; Pontífices como Gregorio XIII, Clemente VIII y Pío V, que encomian a D. Felipe con frases que revelan gran veneración; insignes varones como Fray José de Sigüenza, Luis de Granada y el Padre Rivadeneira, que le dedican algunos de sus escritos.

Hay que decirlo muy alto, precisa subrayarlo con letras de oro: las hostilidades contra el Rey Católico van disminuyendo por fortuna. Merced a las ramas auxiliares de la Ciencia arqueológica, especialmente la crítica documental, con el sostén de un análisis de severidad y desprendimiento de bastardos egoísmos, se va operando una reacción marcadamente favorable a Felipe II, lo mismo en nuestra Patria que en Italia, en Francia y, sobre todo, en Alemania.—Y si hemos de rendir justa pleitesía al que pone a contribución todos sus arrestos en aras de la verdad, no debemos pasar desapercibido el nombre de un ilustre prebendado, que honró el sillón capitular que ocupara en esta Iglesia Primada: D. José Fernández Montaña, uno de los primeros paladines que en nuestra patria izó la bandera de reivindicación a favor del hijo de Carlos V. Digno émulo de la paciencia benedictina, supo arrancar de polvorientos y carcomidos manuscritos el secreto de la verdad histórica, referente a puntos muy controvertidos de aquel reinado. Declara noblemente dicho escritor, que en los archivos de esta Imperial Ciudad encontró gran parte de la correspondencia sostenida entre Carlos V y el Cardenal Tavera, y la dirigida por Felipe II a los Arzobispos y Gobernadores eclesiásticos de esta Santa Iglesia; cuyos inapreciables documentos y otros sacados de diversos fondos retratan fielmente la interesante actuación del Monarca en diferentes facetas de su vida admirable.

Tales investigaciones han proyectado esplendente luz meridiana sobre la gigantesca personalidad del segundo Rey de la dinastía austriaca, disipando la negra leyenda que se cernía en torno de él. En nuestros días, y con ocasión de este centenario, se han dado conferencias por distintas personalidades, viniendo a ser sus tesis un canto épico en alabanza del fundador del Escorial.

El hecho capital que se destaca en dicho reinado, el pensamiento generador de su política, fué salvar a la Iglesia Católica de los peligros que la amenazaban. El protestantismo fué un cisma religioso que rompió la unidad e integridad de la iglesia, y, además, una doctrina política y social que produjo una espantosa revolución en Europa; valiéndose de toda clase de armas para

señorearse sobre los pueblos, no ya sólo de la propaganda pacífica, sino de la violencia en su grado máximo, socavando con su sistema de libre examen las bases sobre que descansan las sociedades. Felipe II se encontraba en frente de la tremenda conflagración, y siendo el más firme sostén del catolicismo en Europa, y por ende de su libertad e independencia, puso en juego toda su voluntad para impedir que penetrase en nuestra Patria la lepra de la herejía; y he aquí la entraña de toda su política, la génesis de la enconada persecución de sus enemigos. La introducción del protestantismo en España nos hubiera sumido en la más nefanda guerra civil: vuélvase la vista a Alemania, Francia, Inglaterra y los Países Bajos; y en nuestro suelo hubiera sido más fatal, por las condiciones con que se formó la unidad de la Monarquía.

Los que condenan a Felipe II, los que arrojan sobre su frente el estigma de tirano, desconocen la Historia o hacen por olvidarla. Si le execran porque sostuvo la Inquisición, no reparan en que su padre Carlos V y sus bisabuelos, los Reyes Católicos, participaron en el hecho que tanto denigran; y puesto que reconocen que tales reinados señalan la cumbre de nuestro poderío, la culminación de la gloria de España, incurren en la más censurable inconsecuencia haciendo a nuestro Monarca instrumento de todas sus diatribas, de todos sus rencores, de todos sus vilipendios, puesto que el ultrajado Rey cumplió una misión augusta al evitar que nuestra nacionalidad se arrumbase por completo.

Los enemigos de Felipe II pasan por alto las grandes empresas militares, los inmensos servicios que prestó a la civilización española, siendo el verdadero Mecenas de su siglo, campeón incansable del esplendor de las Ciencias, Letras y Artes; apenas mencionan la publicación de aquel grandioso monumento de sabiduría filológica, conocido con el nombre de «Políglota Regia»; ni el comienzo de las «Relaciones Topográficas», trabajo literario-administrativo que, según frase de D. Fermín Caballero, «*de haberse terminado hubiera producido gloria más duradera que la maravilla de San Lorenzo, y hace ver que España caminaba entonces paralela al progreso social más avanzado*»; no paran mientes en los muchos establecimientos de enseñanza que llevó a feliz término; en la creación del Archivo de Simancas, Academia de Matemáticas, Jardín Botánico de Aranjuez, canalización del Tajo; hacen por olvidar la expedición que, por orden del

Monarca y retribuída con largueza, realizó nuestro paisano, el célebre naturalista Francisco Hernández, a las Indias occidentales, a fin de estudiar la gea, flora y fauna del nuevo Continente, coronándose tan sabia misión con la publicación de quince sendos volúmenes relativos a esas tres ramas de la Historia Natural. Esto y mucho más hizo «el fanático monarca enemigo de las luces y de todo progreso», según sus detractores. Y como el gigantesco edificio del Monasterio escurialense ha tenido que vencer la miopía de aquéllos, no quieren ver en él más que el carácter tétrico de Felipe II y el lúgubre destino donde acaban las grandezas humanas; sin que se detengan a contemplar las riquezas científico-literarias que contiene y el tesoro artístico que encierra la octava maravilla del mundo; aparte de desconocer los elevados fines que movieron a su egregio fundador.

Como contraste a tales desvíos y silencio hacia lo más esplendente de este reinado, pierden el tiempo deteniéndose en los muy gastados temas de la Princesa de Eboli y Antonio Pérez, el Príncipe D. Carlos y el regalismo de Felipe II. Acerca del primer asunto, está suficientemente agotado el examen de los hechos con la publicación del interesante libro de D. Gaspar Muro, titulado «Vida de la Princesa de Eboli», quedando desvanecido el mito en este particular. En cuanto al hijo primogénito de Felipe II, el misterio en que ha estado envuelta la suerte del degenerado Príncipe se ha aclarado por completo merced a los escritos, la mayor parte de extranjeros, como Ranke, Raumer y otros; distinguiéndose entre todos, Bratli, Gachard, Moüy y Maurenbrecher, pasando a la categoría de leyenda y brillante ficción poética el drama de Schiller «Don Carlos». La verdad histórica ha resplandecido una vez más a favor del Rey Prudente, viéndose, por un lado, al padre celosísimo en la educación de su hijo, y, por otro, al Rey justiciero que mide con la misma vara a todos sus súbditos, siquiera alguno lleve su misma sangre. Su conducta para con este desdichado Príncipe está impregnada de ternuras y del más hondo sufrimiento.

Otra grave acusación lanzan sus enemigos: la de que fué tenaz regalista. Tal cargo se destruye por sí solo teniendo en cuenta, según asevera un ilustre escritor de la Orden agustiniana, Padre Miguélez, que en aquel entonces los Papas «no acertaron a ver separados en Felipe II el sello religioso y el político, al hombre que rezaba y al Rey que obraba». Protestando de nuestra profun-

da veneración al Vicario de Jesucristo, séanos permitido decir que la diplomacia de los sucesores de San Pedro, como Reyes temporales en aquel momento histórico, no estuvo a la altura de los elevadísimos fines que fueron la preocupación constante del hijo de Carlos V. El regalismo con que se ha querido afrentar su memoria, no fué de intervención en los legítimos derechos de la Iglesia, sino todo lo contrario: fué una tutela a todas luces benéfica y de fervoroso protectorado, que tiene sus raíces en los anteriores reinados. Digamos de paso, que devoró el Monarca, a solas, profundas amarguras al tener que ponerse en pugna con el Pontífice.

Ciega de tal modo a los acusadores de Felipe II el odio con que le privilegian, que hasta en el aspecto físico de su persona ven un monstruo: tipo repugnante, ceño tétrico y sombrío, siniestra mirada, figura deforme y ruin; cuyo retrato es una verdadera infamia, pues afirman todo lo contrario testigos de irrecusable veracidad, como son los personajes nacionales y extranjeros que le trataron, asegurando todos: que era de regular estatura, miembros bien proporcionados, dulce mirada, ojos azules, cabello rubio claro, fisonomía simpática, cuyos rasgos convidaban a amarle y respetarle.

Ocioso es manifestar que si en las cualidades físicas del Monarca acentúan sus enemigos la aversión hacia él, fácilmente se adivina lo que podrán decir acerca de su fisonomía moral. En este particular no tienen límite los ataques contra la víctima, traducidos en groseros insultos y procaces vociferaciones, tanto más reprochables cuanto más distan de la verdad: rey déspota, sér sanguinario, padre sin entrañas, corazón que jamás albergó sentimientos nobles, verdugo de la inteligencia, tigre del Escorial, etcétera. Este es el léxico con que han enfangado las páginas de la Historia, convirtiendo a la que es luz de la verdad en tenebrosa maledicencia e infamante calumnia.

Apartemos los ojos de tanta negrura y recreémonos en los encomios que, a porfía, le prodigan los más esclarecidos personajes de aquella época, Santos, Pontífices, insignes escritores, Embajadores extranjeros, como anteriormente hemos apuntado; todos ellos ponderan su acendrada piedad, robusta fe cristiana y devoción sincera, ser favorecedor de grandes y pequeños y sencillo con los humildes.

Donde más realzan sus virtudes cristianas y fortaleza de espí-

ritu, donde se demuestra que fué un verdadero carácter, es durante su enfermedad y muerte. En miserable celda de aquel celebérrimo monasterio del Escorial (símbolo de la grandeza de la España del siglo XVI en todas sus manifestaciones y fiel reflejo de la austeridad de su fundador) termina sus días el gran Rey, de cuya mirada estuvieron pendientes las Cortes de Europa, destrozado su cuerpo con acerbísimos dolores y sin que decayese un momento su ánimo imperturbable.

El licenciado Fray Antonio Cervera de la Torre, comisionado por el Arzobispo de Toledo, García de Loaysa, para cerciorarse de todo lo concerniente a la enfermedad y muerte de Felipe II, escribió un libro titulado «Testimonio auténtico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la dichosa muerte del Rey nuestro Señor, que Santa Gloria haya». Muy digno de ser leído este libro—rarísimo en verdad—, en el cual minuciosamente se relatan todos los pormenores de su enfermedad y muerte. En la imposibilidad de transcribirlos, copio el comienzo del mismo, como síntesis de lo escrito, que dice así: *«el doctor Juan Gómez de Sanabria, médico de Cámara de Su Magestad, y con él todos los testigos que han declarado con juramento lo que pasó en la muerte del Rey nuestro Señor, dicen que tienen por cierto que su muerte y el discurso de su enfermedad fué una de las cosas raras y ejemplares que se han visto ni oído decir, porque descubrió tan grandes virtudes, que con razón es muy justo que se publiquen.....»*

Perdonadme que haya abusado tanto de vuestra discreción; forzoso es poner término a estas deshilvanadas cuartillas; mas permitidme que como epílogo traslade las palabras que el escritor protestante Gregorio Loti, enemigo de Felipe II, dice en su «Vida de Carlos V» al hablar del hijo de éste. *«Nunca príncipe en el mundo fué más universalmente llorado que éste; porque seguramente jamás hubo otro que reuniese como él las cualidades que convienen a un gran Soberano sin género de imperfección... ha sido y es el único en la historia de quien se han escrito generalmente cosas buenas por todas las plumas....., sobre el cual punto no es posible decir cosa mejor».*

A los escritores extranjeros que tanto pregonan el poder despótico de Felipe II, podremos contestarles, que es tanto más grande este Monarca cuanto más absoluto se le suponga, porque le corresponde más participación personal en la prosperidad de España en aquel siglo de oro, como sostiene un autor contem-

poráneo. Tiene cuenta a los tales callar, para que no tengamos que echarles en cara la mala fe con que proceden, porque si han de ser consecuentes, no deben olvidar que en el mismo siglo vivieron Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, Francisco I, Catalina de Médicis y Enrique II de Francia, cuya tiranía, maldades y suplicios llevados a cabo, exceden toda ponderación; algún tiempo después el dictador Cronwell; y más tarde la Revolución francesa, cuyos horrores cometidos en nombre de la libertad y los derechos del hombre convirtieron a la Nación vecina en un charco de sangre.

Si sentimos amor por nuestras pretéritas grandezas, cambiemos de postura, que ya por bastante tiempo hemos ido a la zaga, de los adversarios del que fué «BRAZO DERECHO DE LA CRISTIANIDAD, SOSTÉN DE LA LIBERTAD E INDEPENDENCIA DE EUROPA, MECENAS DE SU SIGLO, PERSONIFICACIÓN DEL GENIO DE LA RAZA Y EL CARÁCTER MÁS GENUINAMENTE ESPAÑOL». Tengamos muy presente que si AYER o los siglos XVII y XVIII fueron los de mayor re-
crudescencia contra el hijo de Carlos V; HOY, representado por estos dos del cuarto centenario de su nacimiento y muerte, señala el período de su reivindicación; ¡quién sabe si para MAÑANA, o sea en el quinto centenario, la Providencia, en sus inexcrutables designios, reserva al ínclito varón que tan honradamente supo cumplir su difícil misión en este mundo, siendo por ello objeto de las mayores acritudes, reserva, digo, la más hermosa de las apoteosis, ciñendo sus sienes con aquella diadema que jamás se marchita, como se marchitan y fenecen las que aquí abajo orlan la frente de los reyes de la tierra!

Teodoro de San Román,

Director de la Real Academia.

